

## 6. La Sal de la Tierra

En la tranquilidad de la mañana del viernes, día de adoración de los musulmanes, el jeep chisporroteó a lo largo del camino de entrada, y se detuvo lentamente en la carretera principal. Se hizo a un lado sobre la alcantarilla y por un momento se quedó parado mientras el conductor miraba a los costados antes de hacer el giro a la derecha.

De repente, una explosión dejó sin visión a Abdullah.

El jeep estaba fuera del suelo, dando vueltas por el aire. Había volado algunos pies fuera del camino de entrada a causa de los explosivos que habían quedado ocultos dentro del caño de desagüe. Quienquiera que haya detonado los explosivos debe haber estado lo suficientemente cerca como para observar si Abdullah Azzam le sonreía a sus hijos, que se encontraban junto a él, o si quizás estaba sumergido en sus propios pensamientos en ese momento fatal. Nunca lo sabremos. Piezas de metal y vidrio volaron en todas las direcciones, cortando la carne del padre y de los hijos, mezclando su sangre. El auto aterrizó boca abajo y sus restos se prendieron fuego.

En todo caso así es como yo lo imaginé. La explosión ocurrió y el hombre y sus hijos fueron asesinados. La mayoría sospechó que fue un acto de venganza. Abdullah Azzam, un miembro palestino de la Hermandad Musulmana, era el organizador principal de los jihadistas árabes que llegaban a Peshawar para prepararse para el martirio en Afganistán. Él también fue el mentor de Osama Bin Laden, con quien acababa de tener una disputa sobre, entre otras cosas, a qué organización de resistencia afgana debían apoyar. El lugarteniente de Bin Laden, Ayman Zawahiri, había estado esparciendo el rumor de que Abdullah estaba trabajando en secreto para los norteamericanos. Abdullah Azzam fue un ideólogo de la jihad que enseñó que tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos eran un anatema para la restauración del “verdadero Islam”. Pero él no abogaba por el terrorismo contra Occidente y con firmeza se declaró en contra de que los musulmanes se mataran unos a otros cualquiera fuese la razón. Al tiempo del asesinato, él estaba presionando a sus colegas árabes más ricos para que ayudaran a la organización de Ahmad Shah Massoud que operaba en el norte de Afganistán. En lugar de eso Bin Laden había decidido, así parece, apoyar al asesino de Hesbi Islami Gulbudin Hekmatyar. Pero ¿quién ordenó el asesinato? Fácilmente pudo haber sido Hesbi Islami – la traición y venganza de Hekmatyar eran legendarias. ¿O fue el mismo Bin Laden? ¿También pudo haber sido Ayman Zawahiri, quien más tarde pronunció un elogio hacia Abdullah. Algunos pensaban que los asesinatos fueron orquestados por

la Inteligencia Pakistaní, que estaba estrechamente ligada a Hesbi Islami. Otra facción creía que había evidencia confiable para ligar la explosión con la CIA. Yo sobre todo pensé en el hombre y sus hijos, sin saber el impacto que su rol de mentor de Bin Laden iba a tener en la historia del mundo.

En verdad escuché un número de cosas buenas respecto a Abdullah. Algunos decían que él dedicó su vida a ayudar a la causa afgana. Se le reconocía haber apoyado económicamente a clínicas y escuelas como así también a los requerimientos militares de la resistencia afgana. Siendo yo mismo un padre y a la vez un hijo que a menudo reflexionaba sobre la influencia de su propio padre, me preguntaba ¿cómo era ser el hijo de este hombre que organizaba el reclutamiento de árabes y otros musulmanes descontentos que se unían a la jihad? Había crecido con las aventuras de navegar a vela en una goleta a través de los Mares del Sur. Los peligros que enfrentábamos provenían de las fuerzas de la naturaleza y nuestra seguridad se apoyaba en nuestra disciplina, nuestra capacidad de adaptación y la gracia de Dios. Pero ¿cómo era ser uno de sus hijos, hombres jóvenes que crecían en la salvaje y a menudo violenta atmósfera de Peshawar? Este era el centro de la actividad, la abertura más grande en una membrana temblorosa en el límite de la zona de guerra. Este era el portal donde una miríada de armas, mercaderías de contrabando, y gente de todo tipo e intenciones entraban y salían. Con seguridad sus hijos habrían enmarcado todo esto en el contexto en el cual habían sido criados: las nociones conservadoras y literales del nuevo grupo violento que su padre había ayudado a formular. Pero ¿cómo podrían jóvenes de su edad reconciliar esa visión del mundo rígida y ascética con los muchos privilegios derivados de la posición de su familia y del dinero, mientras crecían en una atmósfera tan caótica y desesperada? ¿Cómo resonaba esa inculcación de valores en las experiencias de su vida emocional, y de su imaginación? Yo solo podía preguntarme.

Una vez, en la ciudad de Quetta situada en el sudoeste de Pakistán, me encontré con un financista árabe de la jihad. Estábamos en el mercado de antigüedades; él me había estado observando durante algún tiempo mientras yo examinaba alfombras viejas. Entonces caminó derecho hacia mí y mirándome directamente a los ojos me dijo, en perfecto inglés: - ¡Tú eres un norteamericano!- Él sonreía cuando lo dijo y tuve una sensación de cierta admiración y curiosidad entremezclada con la cautela que los occidentales a menudo sentimos en Oriente.

- Bien, sí, lo soy- balbuceé en un tono tan impasible como me fue posible, sorprendido de que reconociera mi origen con tanta facilidad.

Aferrándome con obstinación a mi identidad local, dije – Mi nombre es Sikandar. ¿Cómo estas tú?- En el desconcierto no sabía que otra cosa decir.

Él afirmó confiado. - Ustedes los norteamericanos se parecen un poco a Tom Selleck o Paul Newman. Todos tienen ese aspecto cordial-Generosamente y con otra sonrisa agregó: - No obstante la barba y las ropas locales en verdad te sientan bien.

Le respondí: - Bien, tú luces como me imagino que un dignatario árabe debería lucir-. Él estaba usando la vestimenta árabe tradicional característica de los Emiratos Árabes, y esto también hacía que se destacase en el entorno. Sabía que muchos árabes con posibilidades económicas, especialmente los provenientes de los Emiratos, pasaban por Quetta en su ruta a Afganistán para expediciones de caza o para comprar halcones. Supe que este árabe estaba en Quetta por negocios. Cuando conseguimos conocernos el uno al otro, me reveló que estaba en la frontera para distribuir fondos a los mujahidines.

Que suerte, pensé más tarde, que ambos estuviéramos buscando antigüedades en el bazar en nuestro tiempo libre. Él me dijo que se había aburrido con los encuentros de negocios, día tras día, con varios comandantes afganos. Él se quejaba: eran tan aburridos. Se había educado en Inglaterra y parecía valorar la cultura estadounidense. Estaba feliz de haberme encontrado con Abdul Haqq. Él era una bocanada de aire fresco después de mis encuentros con los violentos y fanáticos combatientes árabes, en el frente de batalla. Con mucho gusto acepté su invitación a cenar.

Su séquito en el hotel incluía una pareja de sirvientes y, aparentemente, dos de sus tres esposas, aunque nunca pude verlas. Durante una comida maravillosa y bien entrada la noche hablamos. ¿Cuán seguido iba a tener la oportunidad de encontrarme con un árabe distinguido, educado y de noble linaje? Me sentí honrado y afortunado de haberme encontrado con él y de haber participado de su hospitalidad y conversación. Nuestras conversaciones abarcaron la política local e internacional, nuestra niñez, y la religión. El advirtió mi familiaridad con la teología y terminología islámica, y de pasada me preguntó si yo era musulmán.

Él preguntó: - Tú vistes a la manera local, hablas persa y algo de árabe. ¿También rezas en la mezquita?

Respondí: - Rezo, en forma privada, pero no en la mezquita, y oro a Dios dentro de mí, pero no de acuerdo a una práctica establecida. Fui criado como católico, pero ya no distingo entre la concepción cristiana y musulmana de Dios.

El declaró: - ¡Entonces en principio tú eres un musulmán! Los musulmanes aceptamos por completo a todos los profetas que vinieron antes de Muhammad (la paz esté con él), incluyendo a Jesús, excepto que nosotros no creemos en la idea de que Jesús es el hijo de Dios. Nosotros lo llamamos Jesús Ruhullah, el Espíritu de Allah. Creemos lo que está revelado respecto a él en el Corán. Allí leerás que él es único en el hecho de que no tuvo un padre humano. Fue por medio del Espíritu de Allah y no por Allah, como padre imaginario, que Jesús fue concebido y colocado en el vientre de María. Creemos que Jesús fue más puro que los otros hombres por que no fue concebido por medio de la unión sexual. Por esto es que él permaneció puro toda su vida. Por otra parte, el Profeta Muhammad, (la paz este con él), pertenecía por completo a este mundo y a la vez estaba cerca de Allah. Él vivía en este mundo como los otros hombres. Pero él amaba a Allah tan profundamente como era posible, y Allah lo amaba.

Yo dije: - Sí. He leído el Corán y la historia del Islam. He estado pensando un poco acerca de este punto. Resulta ser que no todos los cristianos creen que Jesús era el hijo de Dios, en sentido literal. E incluso, históricamente, muchos cristianos no creen en la santísima trinidad. Yo siempre consideré esta idea del “hijo de Dios” como que Jesús derivó su existencia y misión de Dios. He reflexionado sobre este punto desde que era un adolescente. Fue en aquellos años en que comencé a dudar de algunas de las enseñanzas del catolicismo con las que me habían criado. Aunque ya no me preocupo por esto. En lugar de eso pienso acerca del mensaje de amor y compasión de Jesús.

- Tú no tendrías dudas si entraras por completo al Islam. Tus dudas quedarían disipadas al aprender los pilares de la fe y cómo orar correctamente- Me miró como si reafirmara sus dichos; y de repente observé que sacaba de su bolsillo un contrato de venta y me ofrecía una lapicera.

Frente a su cara expectante respondí: - Abdul Haqq, se que tienes buenas intenciones, pero aún no estoy preparado para eso. Las prácticas del Islam son exigentes y todavía no he sentido la necesidad de formalizar las cosas de esa manera.

Él dijo con alegría: - ¿Qué estás diciendo? ¡El Islam es fácil, fácil! ¡Déjame decirte, es tan fácil!  
- Bien acabo de hacer a modo de prueba el ayuno de Ramadán. Fue una experiencia gratificante pero difícilmente la describiría como fácil.

Exclamó con deleite: - ¡Aja! ¡Hiciste el ayuno! ¡Alhamdullillah! (loado sea Dios.) ¡Estás viniendo al Islam!

Admití: - Bien, es verdad que he estado pensando acerca de esto por algún tiempo, pero no estoy listo. No estoy completamente seguro si es lo correcto, y si en verdad podré seguir todos los preceptos de la Sharia. ¿En verdad has encontrado tan fáciles las obligaciones islámicas en todos los años en que las has estado practicando? ¿Has cumplido con todos aquellos preceptos?

Abdul Haqq se detuvo un momento para reflexionar. Miré con atención sus rasgos. Tenía una cara noble, de tez oscura con ojos penetrantes. Sus ojos risueños eran la puerta a una naturaleza alegre y traviesa que pronto conocería mejor.

Dijo, en un tono de voz más bajo y sobrio: - Bien, ciertamente intenté ponerlos en práctica. Por fortuna Allah ha prometido misericordia. De otro modo, la gente como yo no tendría esperanzas.- De repente, de la manera más natural y sin sentir vergüenza alguna, habló con franqueza y describió sus propias fallas. Fui partícipe de una confidencia inesperada que Abdul Haqq podía, quizás, hacer solo a un extraño como yo al que probablemente nunca volvería a ver.

Pensé: “casi parece como si él quisiera un confesor para revelar sus pecados y debilidades.” ¿O era esto algo que la gente de su cultura hacía para establecer una amistad? Escuché con atención y pregunté por más detalles mientras se describía a si mismo.

Después de que relató algunas de sus hazañas le pregunté: - ¿Por qué tú dices que has fallado dos veces en el hajj?\*

- Bien tú veras, mi amigo, cuando nosotros salimos en el hajj, la peregrinación sagrada, debemos permanecer en un estado de pureza. Yo tengo una gran debilidad que es que no puedo resistir los encantos de las mujeres. Deseo a las mujeres todo el tiempo y, con frecuencia, me he desviado de dirigirme a Dios a causa de pensar en las mujeres. Bien, si la verdad ha de ser conocida, en un par de ocasiones cuando estaba fuera de mi casa he buscado la compañía de algunas de las encantadoras prostitutas de Egipto. Hice esto en dos ocasiones cuando me estaba preparando para el hajj. Este acto egoísta de mi parte anuló mi intención de hacer el hajj.

Uno de los principios del Islam es que las acciones religiosas comienzan con una declaración de intención; Abdul Haqq sabía que había violado ambas: la intención y la acción. Mientras hablaba se veía el remordimiento en su cara. Yo estaba sorprendido por completo por la facilidad con que él revelaba sus debilidades, pero sentí admiración y compasión por él cuando describió otras puestas a prueba de sus principios religiosos. Su sentido del humor regresó a medida que se reía de sí mismo. Entonces comenzó a preguntar sobre mí.

- Sikandar, o Robert, o como quieras que tú hayas decidido llamarte a ti mismo, ¿no te vuelves loco estando solo aquí? ¿O tienes alguna amante oculta en una de las oficinas de la agencia? - Sus ojos brillaban con travesura. Sonriendo me dijo - ¿Eh? Dime como te las arreglas aquí- Sentí que mi cara se sonrojaba y él se rió.

Repliqué: - Bien Abdul Haqq, puede ser que seamos constitucionalmente diferentes el uno del otro. Cuando llego a la zona de guerra, o incluso en la calma relativa de Pakistán, soy completamente célibe. Prometo mantenerme célibe y después de la primera semana, más o menos, no tengo problemas con esto.

Él rió: - ¡Debes estar bromeando! ¿Tú sigues por semanas o meses sin nada? – Continuaba riendo mientras imaginaba esto. – No te creo. Eso es imposible. ¡Tú no me pareces un santo!- Él bromeaba: – Debes pasar muchas noches agitadas- y se reía mientras sus ojos parpadeaban.

-Eso no es gran cosa para mí, Abdul Haqq, te lo digo. Pienso acerca de la muerte cuando estoy aquí. Pienso en la miseria que veo a mi alrededor. Trato de entender mi propia vida.

Otra vez me di cuenta lo fácil que era para nosotros hablar, al menos hasta cierto punto, sobre nuestras vidas privadas. Intenté comprender que era lo que lo hacía tan fácil. Con certeza una gran parte de eso tenía que ver con su personalidad maravillosamente abierta.

Comencé de nuevo: - Abdul Haqq, tú sabes lo fácil que es, en verdad, hablar contigo. Aparte de que congeniamos, pienso que esto también tiene que ver con el hecho de que ambos llevamos vidas verdaderamente libres.

El preguntó: -¿Qué entiendes por vidas libres?

Le expliqué:- Ambos hemos llevado vidas que nos han permitido hacer bastante de lo que queríamos hacer. Ambos somos gente privilegiada. Por ejemplo: ambos hemos venido aquí, a este agujero del infierno, porque nosotros quisimos no porque tuviéramos que hacerlo. Nosotros nos podemos ir cuando queramos.

Él dijo: - Vine aquí para ayudar a la jihad contra los rusos infieles. Es una obligación para los musulmanes ayudarse unos a otros cuando son atacados desde el exterior. Así que no estoy seguro de que viniese aquí solo porque quería hacerlo.

- Abdul Haqq, eso lo sé, pero tú, después de todo, decidiste venir aquí y gastar tu dinero en algo que tú valoras. Lo que me ha impresionado al haber viajado y trabajado en esta región, es la poca capacidad de elección que tiene la gente en sus vidas. Hay mucho sufrimiento y poca libertad de elección. A causa de esto, veo que la verdadera naturaleza de la gente sale a la luz.

El dijo: -OK. Entiendo lo que quieres decir. ¿Y qué sabiduría has sacado de esto, mi santo amigo?

- Abdul Haqq, déjame contarte una historia. A principios de este año estaba viajando a caballo con un pequeño grupo a través de Afganistán. Después de muchas aventuras, nos encontramos en camino a la región remota del noroeste de Hazarajat. Nos desviamos de la carretera rumbo a Khamideh, hasta entonces la más fácil de transitar, por los combates y nos dirigimos desde Chiras hacia las montañas del Turquestán. Con nosotros había un hombre mayor, Burhanuddin era su nombre. Él era nuestro guía. Él venía de la región y conocía a la mayoría de las tribus asentadas en el área, como así también a los diversos pueblos nómades que migraban cada año con sus rebaños desde las tierras más altas a las más bajas para que pastoreen en ellas. Fuimos muy afortunados al tenerlo con nosotros. Puedo decirte que él, varias veces, me salvó del desastre.

- ¿Y cómo hizo él eso?

- Bueno, hay muchas historias acerca de él, pero aquí va una que recuerdo a menudo. Al final de una tarde estábamos viajando a través de un valle cuando vimos cientos de personas y sus animales en una caravana distante que, por el camino, venían hacia nosotros. Abdul Haqq tú sabes que hay grandes tribus de pueblos nómades, incluso nómades árabes, quienes han estado aquí desde tiempos remotos. De cualquier manera, durante todo el recorrido Burhanuddin viajaba a pie. Él no tenía caballo. Me sentía mal por esto y quería compartir mi caballo con él, al menos

de vez en cuando, pero mis compañeros uzbekos no querían saber nada con esto. Cuando Burhanuddin vio a la distancia a este gran grupo de nómades, vino a mi lado y me dijo:

- Señor Sikandar, dígale a Mohammed Ali que me de su caballo. Dígaselo ahora. Aquí hay peligro.

Le pregunté: -¿Qué peligro?

- Éstos nómades tienen una historia de pillaje. Ellos no deben saber que tú eres un extranjero. No se les debe permitir ver demasiado cerca tus provisiones. ¡No hay tiempo! ¡Dígaselo a Mohammed Ali ahora!

Le dije a mi reticente asistente, Mohammed Ali, que le diera su caballo a Burhanuddin. Éste último me aconsejó que cabalgase lo más cercano a él y que permaneciese en silencio todo lo posible cuando los nómades se acercasen a nosotros.

Burhanuddin dijo: - Te comportaras como si fueras mi hijo- e hice lo que él dijo. Cuando los nómades se aproximaron, pude ver que en verdad eran una banda de aspecto salvaje. Ellos nos miraban a medida que pasaban y algunos se acercaron a examinar la carga que llevaban nuestros animales. Burhanuddin identificó a su líder, el patriarca de la tribu, y en voz alta lo saludó.

Burhanuddin dijo: -¡La paz este contigo! ¡Que puedas tú vivir mucho! ¡Qué tu sombra no se desvanezca!-. El hombre cabalgó hacia nosotros y le devolvió el saludo. Los otros se quedaron detrás de él. Burhanuddin se identificó a sí mismo y a su tribu como provenientes de Chiras y el patriarca le preguntó respecto a ciertas personas que él conocía allí. Entonces el patriarca dirigió su mirada hacia mí. Su cara oscura y curtida era una máscara de arrugas profundas enmarcadas por una barba blanca y fluida que comenzaba debajo de los pliegues inferiores de su turbante y caía hasta su pecho. Ojos color turquesa- claro destellaban desde su rostro avejentado mientras me examinaba.

Él dijo: - ¡La paz esté contigo!

-¡Y la paz esté contigo! - respondí yo. Burhanuddin le dijo rápidamente que yo era su hijo.

- ¡Y muy bien se ve, tu hijo! ¡Que pueda vivir mucho tiempo! ¡Que pueda tu viaje ser próspero! El patriarca solo se había detenido un minuto con nosotros y luego siguió viaje con su tribu. Agradecí al destino que esto sucediera al caer el sol y que no me hiciera más preguntas. La caravana pasó como un enorme flujo de voces transportadas en el polvo levantado por los golpes de las pezuñas y en el olor de los animales que se alejaban detrás de nosotros.

-Ya ves, Abdul Haqq, este es solo un ejemplo de la sabiduría de Burhanuddin y de su ingenio. En verdad, quiero contarte otra historia respecto a él.

-Sí, por favor sigue adelante. Estoy disfrutando de tus relatos.

- Bien, después de este episodio con los nómades, hubo muchas otras aventuras. Nos movimos del norte de Hazarajat a la Band-i Turquestán, la cadena de montañas que separan el norte del sur de Afganistán. A medida que subíamos más alto, tal vez hasta ocho mil pies o algo así, entramos a valles hermosos habitados por granjeros de habla persa quienes irrigaban sus tierras en terrazas mediante canales cavados hacia los ríos. Mientras cabalgábamos a lo largo de los mismos, pasamos cerca de algunos de los aldeanos. Se los veía claramente empobrecidos. Verás, Abdul Haqq, resultó ser que a pesar de que regaban la tierra, había langostas y plagas, otro insecto, que se alimentaban vorazmente del trigo de los aldeanos. Era fines de septiembre. Por la elevada altitud, solo en este momento madura el trigo. Pero, para cuando nosotros llegamos al área, gran parte de él ya había sido consumido o arruinado por los insectos. Aún si las plagas se posan solo en una parte del cultivo y succionan la savia lechosa del trigo a medida que éste se va formando, estas dejan un mal sabor al resto del cultivo mientras madura.

De cualquier manera, en verdad estábamos rendidos de haber viajado constantemente por los peligrosos caminos principales y estábamos buscando un lugar donde descansar por un par de días. Esperaba que pudiéramos encontrar refugio en alguna de estas aldeas apartadas. Nos aproximamos a una aldea donde la gente salió a saludarnos.

Un anciano nos dijo: -¡La paz esté con ustedes! ¡Que puedan vivir largo tiempo! Por favor paren y descansen. ¡Ustedes son nuestros invitados!-. Observé al hombre, quien al principio me pareció enfermo, entonces noté que un cierto número de ellos estaban muy delgados.

El hombre repitió: -Por favor deténganse y acepten nuestra hospitalidad. Yo estaba desconcertado tanto por su condición como por su ofrecimiento. ¿Cómo iba justo él a ofrecernos hospitalidad? Excepto Burhanuddin, los otros miembros de nuestra comitiva se mostraban cautelosos y querían continuar.

Mohammed Ali me susurró: - Sikandar, no debemos detenernos aquí. Puedes ver que ellos no tienen nada. Ellos saben que tenemos provisiones.

Burhanuddin intercedió: - Ellos son buena gente. Yo los conozco.- dichos estos que molestaron a un par de mis compañeros. Mohammed Ali los observó con recelo, y luego me miró con desagrado. Sentía ganas de detenerme allí. Una razón para esto era su apariencia sorprendente: muchos de ellos parecían europeos. Varios tenían cabello y barbas rojizas y muchos tenían ojos azules y verdes. Parecían muy calmos y pacíficos aunque, como todos los afganos, algunos portaban armas. Estas eran mosquetes antiguos que tenían que ser cargados con pólvora. Un par de ellos retrocedieron nerviosamente cuando saque mi cámara. Parecían no tener idea de lo que se trataba. No podía evitar el querer sacarles algunas fotografías. Me di cuenta de lo que estaba sucediendo, así que apunté la cámara a mis compañeros de viaje y les pedí que sonrieran y posaran. Burhanuddin les explicó a los aldeanos que yo estaba haciendo una imagen de mis amigos.

Abdul Haqq me preguntó: - ¿Les sacaste fotos?

- Sí, Abdul Haqq, les tome fotos. Ellos se quedaron tranquilos una vez que supieron que la cámara no era un arma. Volviendo a mí relato...nunca había visto gente como esta en Afganistán. La curiosidad me venció y la recomendación de Burhanuddin fue todo lo que necesité para ordenar que nos detuviéramos.

Dije: - Nos detendremos aquí- Los otros parecían preocupados pero estaban tan cansados que no opusieron resistencia. Desmontamos de nuestros caballos y nos sentamos junto al anciano y a otros que vinieron a reunirse con nosotros. Todos ellos estaban muy delgados, incluso los niños. Aun así parecían felices de tenernos entre ellos. Aparentemente tenían pocos visitantes pues esta ruta estaba bien apartada del camino principal. Aunque no podía imaginarme cómo nos ofrecerían hospitalidad, enseguida hicieron té de una hierba local. Luego cortaron e hicieron fardos con algunos de los tallos de trigo que habían sobrevivido a los insectos y pasaron los granos por un fuego al aire libre. Ellos arrancaron los granos de trigo hinchados de los brotes y los frotaron con sus manos. La corteza quemada cayó afuera, dejando ver granos hinchados y de color marfil. Ellos los juntaron en un cuenco de madera y me lo entregaron. El trigo olía maravillosamente. Apenas podía comer, viendo a la gente hambrienta sentada a mí alrededor observándome. Burhanuddin estaba sentado al lado mío. Él sonrió y dijo:

- ¡Come, Sikandar! Ellos te están ofreciendo hospitalidad. ¡Come! No les niegues esto a ellos.

- Escogí algunos de los granos y los mastiqué. Sabían en verdad deliciosos. Mientras estaba sentado allí estaba cansado y emocionado. No podía contener las lágrimas mientras comía los alimentos puestos ante mí. Durante un tiempo los aldeanos observaron con satisfacción.

Empezamos a conversar y ellos comenzaron a formular muchas preguntas respecto a nosotros. Su persa era poco común y creo que era un dialecto bastante antiguo. A juzgar por sus cabellos y ojos claros, dudo de que estas tribus hayan sido conquistadas por los muchos invasores turcos presentes a lo largo de los siglos. Ellos pertenecían a una estirpe más antigua de pobladores que los estudiosos pensaban que alguna vez dominaron la región. Ellos advirtieron mis ojos azules y me preguntaron quienes eran mis padres.

- ¿Quién es tú padre? ¿De qué tribu es él?

Respondí: - Ellos son de muy lejos.

Uno de ellos preguntó: - ¿Proviene él de las cercanías de Kabul?

Dije: - No, son de mucho, mucho más lejos, no del interior de Afganistán.

El hombre me miró, intentando comprender. Resultaba claro que muy pocos de ellos habían viajado alguna vez más allá de estas montañas. Mi anfitrión, Firooz, habló respecto de haber ido a Herat y Mazar-i Sharif y una vez, largo tiempo atrás, a Kabul.

Dije: - Veo que has estado teniendo problemas con las langostas y plagas ¿Ha estado sucediendo esto por mucho tiempo?

Los aldeanos se pusieron serios cuando traje a colación este tema. Los huesos en la cara de Firooz se hicieron más prominentes, su sonrisa se aflojó y la piel se asentó sobre sus pómulos.

- Este es el tercer año, y encima el peor para nosotros. Hemos plantado nuestra última reserva de semillas. No sabemos si habrá suficiente para plantar el año que viene. No sabemos cuando pararán los insectos.

Firooz lucía triste y cansado mientras explicaba sus circunstancias. Estos aldeanos no habían experimentado la guerra. Ellos estaban demasiado apartados como para despertar algún interés tanto en los marxistas como en los mujahidines. No obstante, habían sido víctimas ignoradas de la guerra. Verás, Abdul Haqq, antes de la invasión soviética de 1979 había existido un emprendimiento conjunto entre Afganistán y la Unión Soviética para mantener bajo control las langostas y las plagas. Durante décadas estos insectos habían acosado a la región. Este era un programa internacional – tenía que serlo debido a los patrones de reproducción y migración de estas pestes. Con la llegada de la guerra, el programa lentamente se interrumpió.

Pregunté a Firooz: - ¿Qué harás si las plagas vuelven el año que viene?

Su cara arrugada puso en evidencia su ansiedad respecto al futuro, pero igual habló con convicción: - Allah es bondadoso y generoso.

Pasamos la noche allí y pude hablar más con Firooz y los aldeanos. Era una noche hermosa y tendí mi cama bajo el cielo estrellado. Aún así, dormí mal, despertándome de vez en cuando, pensando acerca de mi vida y de cuan diferente era de la vida de estos aldeanos. Mientras estaba acostado se me ocurrió que a pesar de mi crianza, educación, privilegios, y libertad de elección, yo era moral y espiritualmente inferior a esta gente. Ellos enfrentaban la inanición pero hablaban de la fe en Dios y su clemencia. No estaba seguro si yo poseería su fortaleza. En verdad, a medida que reflexionaba esa noche sobre las cosas, supe que no tendría la paciencia y humildad para enfrentar la crisis de la forma en que ellos lo hacían, aunque tuviese fe en Dios. Concluí que era su *práctica* de la religión como así también su fe lo que los había hecho tan dispuestos a aceptar y tan fuertes ante un desastre de tamaña magnitud. Y sin dudas esto me llevó a considerar con más atención la práctica de la religión, como algo que se distingue de la doctrina. Comencé a pensar más acerca del valor de la práctica religiosa para ayudar a hacer una mejor persona. Va de suyo que a menudo pienso en estos aldeanos. Mi contacto con ellos me ha hecho seguir pensando respecto al mensaje del Islam.

Abdul Haqq dijo: - Sikandar, esa es una historia conmovedora-. Él se había calmado por completo mientras le contaba esta historia y se fue poniendo más serio a medida que la escuchaba.

Después de una larga pausa en la que estuvo pensativo él dijo: - Estoy de acuerdo contigo, por supuesto que ambos tenemos mucha más libertad que esas personas. Me siento conmovido por tu historia acerca de su respuesta a la hambruna. Por tu descripción sin duda alguna ellos son buenos musulmanes. Quisiera tener la paciencia y humildad de ellos. Pero dime, ¿qué es lo que sucedió con Burhanuddin?

- Bien, eso es lo interesante. Él resultó ser una persona bastante diferente de lo que cualquiera de nosotros, al principio, se imaginó. Cuando nos encontramos con él en Angurada en la frontera afgana, se presentó a sí mismo como un vagabundo. Él gimoteaba acerca de necesitar nuestra ayuda. Cuando finalmente llegamos a Chiras donde él vivía, mucha gente salió a saludarlo. Recuerdo aquel día bastante bien. Rápidamente nos llevaron a un lugar donde bañarnos y nos dieron ropas nuevas. Nos trajeron una deliciosa comida y tuvimos tiempo libre para tomar una

siesta. Más tarde ese día, Burhanuddin reapareció vistiendo ropa fina, asistido por un buen número de personas. Entonces quedó en evidencia que él era un poderoso anciano de la aldea.

Abdul Haqq preguntó: - ¿Pero en primer lugar por qué algunas de estas personas no lo acompañaron en su viaje a Pakistán?

Le respondí: - Hay cosas respecto a Burhanuddin que nunca fui capaz de comprender, pero en verdad llegué a sentir que él estaba allí para ayudarme. Me doy cuenta que eso suena egocéntrico, pero de muchas maneras, sentí que él era un regalo. Lo menos que se puede decir, es que disfruté de su compañía y aprendí de él. Mientras viajábamos nunca dejó de contarnos historias respecto a las cosas que importaban en la vida. Siempre recordaré su guía, llevándonos por la ruta remota que me trajo al pueblo de aquellas montañas. Esto fue una verdadera bendición que me permitió comprender mejor el Islam. Me hizo pensar mucho más respecto al propósito de la práctica espiritual y religiosa.

Tarde esa noche me despedí de Abdul Haqq. Mi chofer y encargado de la oficina en Quetta, Atiqullah o Atiq como nosotros lo llamábamos, se despertó y arrancó nuestra camioneta Toyota que había estacionado cerca del hotel.

Después de un par de minutos bostezó y dijo: - Sikandar, ¿puedo molestarte con un asunto personal?

Respondí: - Sí, desde luego. Adelante Atiq.

- Sikandar, esto es privado. ¿Tú no le dirás nada a los otros?

- No, adelante, Atiq, No les diré nada a tus amigos. Lo prometo.

- OK entonces. Bien...Bien es así... ¿Puedes conseguirme de los Estados Unidos algunos afrodisíacos? Estoy teniendo problemas para estar interesado en mi esposa-. Dijo esto, mirando hacia adelante mientras nuestro auto se desplazaba.

Apenas estaba sorprendido por su problema. Atiq y su familia estaban viviendo en un cuarto diminuto. Aparte de sus muchos hijos, los hijos de su hermano asesinado también vivían con ellos. Hacía poco que había invitado a una trabajadora estadounidense de ayuda voluntaria a permanecer con nosotros en la oficina de Quetta y me contó que ellos estaban completamente apiñados en el

pequeño espacio y que nunca había un momento de paz. Ella también me dijo que la esposa de Atiq era muy bella.

Repliqué: - Mira Atiq, en verdad no hay afrodisíacos disponibles, de lo contrario estaría feliz de conseguirte alguno para ti. Hay algunas hierbas chinas que podrían serte útiles y recuerdo que una vez tomé una hierba sudamericana que me pareció un afrodisíaco. No estoy seguro donde la pueda conseguir ahora. Ni siquiera recuerdo su nombre.

Él dijo: - Sikandar, por favor intenta recordar. Cuando al principio estábamos casados, no podíamos estar separados el uno del otro. Pienso que hacíamos el amor cinco veces por noche. No puedo creer que no tenga interés en ella ahora.

Le dije: - Atiq, déjame decirte una cosa. Sé como estas viviendo. Sé que es mucha la presión a la que estás expuesto. Tienes a tus niños y los de tu hermano viviendo en un pequeño espacio. Tienes recuerdos de la guerra que te devoran. Piensas en los familiares que no has visto en años. Créeme, sería extraño si no estuvieras un poco apagado y a veces sin interés en el sexo.

Volviéndose y mirándome dijo: - ¿Sikandar, en verdad piensas eso?

- Sí, en verdad lo pienso. Honestamente no sé como haces para arreglártelas. Yo no tendría paciencia. Con honestidad puedo decirte, que lo que estás atravesando es perfectamente humano y natural. Intenta no preocuparte demasiado por ello.

- Lo intentaré, Sikandar. Aunque ¿puedes intentar recordar el nombre de esa hierba sudamericana?

- Sí, lo intentaré Atiq. Lo intentaré. Te lo prometo.

---

\* Nota del traductor: se refiere a la peregrinación al santuario de La Meca, viaje que todo musulmán está obligado a hacer, alguna vez en la vida, si tiene la posibilidad.